

LA INFANCIA EN LA BIBLIA Y SUS CONSECUENCIAS PEDAGÓGICAS

CHILDHOOD IN THE BIBLE AND ITS PEDAGOGICAL CONSEQUENCES

Ianire Angulo Ordorika¹

<https://orcid.org/0000-0003-3682-4151>

Recibido: mayo 5, 2020 – Aceptado: junio 5, 2020.

RESUMEN

Nos guste o no, nuestra cultura occidental nace y crece a la sombra de la religión judeo-cristiana. La Biblia y el modo de interpretar la realidad, reflejado en ella, han influido de modo inevitable en nuestra sociedad. A pesar de esto, apenas se ha atendido al mundo bíblico en la historia de la Pedagogía. Conocer cómo la Sagrada Escritura concibe a los niños y cómo se sitúa ante ellos, nos permitirá comprender mejor algunos desarrollos históricos del aprendizaje. Si bien parece que en la mentalidad bíblica la edad adulta giraba en torno a los veinte años, se diferenciaban dos etapas previas a esta: la inmediatamente anterior a la adultez y la infancia. La indefinición de los términos hebreos empleados a la hora de referirse a esta primera etapa vital, podría remitir más a una cuestión sapiencial que a una cronológica. En este artículo pretendemos adquirir una visión panorámica de cómo aborda la Biblia la cuestión de la infancia y las referencias de Jesús respecto a los niños, para extraer de todo ello algunas consecuencias pedagógicas.

Palabras clave: infancia, Sagrada Escritura, cultura semita, niños, Antiguo Testamento, Nuevo Testamento.

¹ Doctora en Teología (Sagrada Escritura), Universidad Pontificia Comillas, España. Profesora de Sagrada Escritura, Facultad de Teología, Granada, España. iangulo@teol-granada.com

ABSTRACT

Whether we like it or not, our occidental culture is born and raised in the footsteps of the Judeo-Christian religion. The Bible and its way of interpreting reality have influenced our society inevitably. Despite this, the Biblical world has hardly been attended to in the history of pedagogy. Knowing how the Holy Scriptures consider children and how the Bible is situated in relation to them will allow us to understand better some historical developments of the learning process of children. While it appears that Biblical mentality located adulthood around twenty years of age, it is possible to distinguish between two previous stages: infancy, and the stage immediately preceding adulthood. The Hebrew terms used for the first vital stage lack a precise definition, which could indicate a wisdom issue rather than a chronological one. This article aims to acquire an overview of how the Bible considers the issue of childhood and to study the references of Jesus to children, in order to extract some useful pedagogical implications.

Key words: Childhood, Holy Scripture, Semitic culture, Children, Old Testament, New Testament.

1. NOVEDAD DE LA PERSPECTIVA

Lo más frecuente a la hora de analizar la historia de la Pedagogía ha sido fijarse en el modo concreto de enseñar, realizado a lo largo del tiempo y, de ahí, deducir el concepto de educación derivado de esas prácticas². No es lo más habitual tomar como punto de partida el concepto de niñez que se tiene en una cultura específica. A pesar de ello, la forma en que se entiende la infancia resulta relevante y determina la percepción que se alberga en torno a la enseñanza. Por otra parte, al recorrer históricamente la práctica pedagógica, la tendencia ha sido centrarse en la educación clásica de Grecia, omitiendo lo que otros pueblos del Antiguo Oriente Próximo aportaron a este tema³.

Nadie puede negar que las raíces judeo-cristianas marcan el desarrollo de la cultura occidental. A pesar de este dato objetivo se ha prestado poca atención a la mentalidad que subyace bajo la Biblia. De hecho, al estudiar lo que el cristianismo aportó a la Pedagogía, se suelen contemplar sus peculiaridades en relación con la educación en el mundo greco-romano (Dilthey, 1942: 118-126; Abbagnano y Visalberghi, 1992: 89-95). Este modo de abordar la contribución del cristianismo a la educación no solo oscurece su sustrato judío, sino que también omite sus características frente al contexto cultural y religioso del que brota. En las próximas páginas nos proponemos un cambio de perspectiva que enriquezca esta postura habitual.

La religión cristiana, aunque se extendiera rápidamente a través del Imperio Romano, nace en el mundo semita. Acercarnos a la Escritura es aproximarnos también a la mentalidad

² Sirva de ejemplo el modo en que se analiza la influencia judeo-cristiana en la pedagogía, en algunos manuales: Böhm, 2010: 41-54. Una de las pocas referencias bibliográficas que atiende a las culturas orientales en la historia de la educación, también recurre a esta perspectiva para hablar del mundo hebreo: Abbagnano y Visalberghi, 1992: 16-17.

³ En las obras clásicas ni siquiera se ha tenido en cuenta la mentalidad semita, pasando directamente a los orígenes del cristianismo (Dilthey, 1942). Abbagnano y Visalberghi apuntan a la ausencia de atención prestada al Oriente Próximo, centrándose casi exclusivamente en la antigua Grecia (Abbagnano y Visalberghi, 1992: 10).

que le sirvió como caldo de cultivo y que compartía Jesús de Nazaret. Nuestra pretensión es atender cómo la Escritura percibe a los niños y a la infancia. De ahí se derivará, sin duda, un modo peculiar de percibir la educación.

2. DIFICULTAD DE NUESTRO PUNTO DE PARTIDA

Partir del concepto de infancia en la mentalidad bíblica implica varias dificultades de las que conviene hacernos conscientes. Advertimos desde el inicio sobre tres de ellas: una técnica, otra inconsciente y, una última, de acuerdo con la fuente de estudio.

Desde una perspectiva más técnica, el problema con el que tropezamos es que la infancia no ha sido objeto de estudio por parte de los historiadores (Justel, 2012). Desde la comprensión antropológica tradicional –que concibe a las mujeres y a los niños como «grupos mudos»–, se considera que no podían aportar demasiado al conocimiento de las culturas antiguas. Solo recientemente se ha vuelto a despertar el interés por esta población, pues ilumina los comportamientos socioeconómicos y religiosos de los grupos humanos.

En línea con este obstáculo, nos parece importante prevenir de los posibles prejuicios anacrónicos que pudieran asaltarnos. Nuestro contexto es especialmente sensible hacia los niños y eso implicará que la mirada que lancemos a la Escritura nos llame mucho la atención. Requerimos un poco de distancia histórica para evitar proyectar nuestra mentalidad en la Antigüedad y aceptar que la vivencia de la infancia es muy diferente a la que cabría desear.

Hasta 1948, en la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, no se afirmó de manera rotunda que «la maternidad y la infancia tienen derecho a cuidados y asistencia especiales». Fue once años más tarde, en 1959, cuando la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó la *Declaración de los Derechos del Niño*. De alguna forma, somos herederos de una percepción muy sensible a este grupo humano; somos conscientes que requieren un trato especial, pero esta concepción de la infancia es un logro histórico muy cercano a nosotros.

Necesitamos despojarnos por un tiempo de nuestra percepción para evitar escandalizarnos de cómo se comprende a la infancia en la Antigüedad. No hace tanto que, en la Revolución Industrial, no existía ninguna protección para los niños en situaciones laborales que hoy serían inconcebibles. El modo en que la Biblia aborda esta cuestión nos asombrará, porque chocará con nuestra visión contemporánea de la niñez. Con todo, conviene recordar que el concepto de «dignidad humana» –por el que somos percibidos como valiosos por el solo hecho de ser humanos–, hunde sus raíces en la tradición judeo-cristiana y su concepción de la persona.

Existe una tercera dificultad vinculada a la fuente de nuestro estudio, pues la Biblia no se ocupa con claridad de la infancia. El hecho de que los niños sean, junto con las mujeres, un «grupo mudo», antropológicamente hablando, se constata en el relato bíblico por la ausencia de reflexión directa sobre esta cuestión. La mujer, en cuanto persona adulta, poseía cierto papel social. Este se reducía, la mayoría de las veces, al ámbito del hogar, pero encuentra un reflejo en los pasajes bíblicos. En el caso de los niños, estos prácticamente «no existen» hasta que no alcanzan la edad adulta. Así, se explica que nuestro acercamiento a tal temática deberá ser indirecto, deduciendo la percepción que se tiene de este grupo humano a partir de los textos en que se menciona la niñez.

Advertidos de estos inconvenientes, presentamos cómo se considera al niño en la primera parte de la Biblia –el Antiguo Testamento⁴–, con la invisibilidad social que implica. Desde este escenario descubriremos cómo contrasta el comportamiento de Jesús en relación con los niños en los Evangelios y, finalmente, extraeremos algunas consecuencias pedagógicas.

3. SIN IDENTIDAD PROPIA

Cada cultura distribuye las etapas de la vida de modo diverso (Justel 2012: 21). En el mundo bíblico se considera que el ser humano atraviesa tres edades que, a su vez, detentan cierta responsabilidad jurídica (Fleishman, 1992; Justel, 2018: 20-21). Entre la infancia y la adultez se encuentra un período intermedio muy determinado por la aparición de los rasgos sexuales externos. El modo hebreo de denominar a los jóvenes de esta etapa intermedia –*bāḥūr* en los varones y *bētūlāh* en las mujeres–, alude a su condición de solteros o vírgenes, y parece remitir a quienes están en situación núbil, pero aún no han contraído matrimonio o no han cumplido veinte años.

Según la Escritura, el paso a la vida adulta y a la plena responsabilidad jurídica son los veinte años (Fleishman, 1992)⁵. A esta edad al joven se le considera miembro pleno del pueblo, pues ingresa en el censo (Nm 1:18). Con veinte años se le obliga a pagar el tributo a Dios (Ex 30:14) y puede ir a la guerra (Nm 1:22). Mientras el paso a la adultez está marcado por una edad, la primera etapa de la vida permanece más indeterminada, pues abarcaría desde el nacimiento hasta ese momento indefinido en el que varones y mujeres transitarían a la etapa núbil previa a la madurez.

La mortalidad infantil es uno de los elementos que más condicionarán el modo en que se percibe a este grupo humano. En la actualidad, la tasa de mortalidad infantil en España es de un 0,33 %: de cada mil nacimientos mueren tres niños⁶. En cambio, se calcula que, en la Antigüedad, casi la tercera parte de los niños que nacían vivos, morían antes de los seis meses (Malina y Rohrbaugh, 1996: 367; Sevilla Conde, 2012: 202 nota 1). Algunos calculan que el 60% de la población fallecía en torno a los quince años (Malina y Rohrbaugh, 1996: 344). Estos porcentajes hacían de la infancia un tiempo de prueba, pues llegar a la edad adulta no era una meta en absoluto segura.

A pesar de esta concepción de la niñez (como una existencia por verificar), existen algunos elementos en la Biblia que convierten esta etapa en esperanza social. Por una parte, los niños representan el germen de la continuidad de la familia. Cuando no se cree en la resurrección, tal y como sucede en prácticamente todos los libros del Antiguo Testamento, la vida termina con la muerte y los hijos son el único garante del recuerdo futuro del padre de familia⁷. En esta clave se puede entender mejor la llamada *Ley del levirato*:

⁴ Recordemos que la Biblia consta de dos partes fundamentales. El Antiguo Testamento, que incluye los libros previos al cristianismo que se comparten, en su mayoría, con los judíos. En la tradición cristiana católica está formado por 46 libros. 27 son los libros que configuran el Nuevo Testamento, entre los que se encuentran los cuatro evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

⁵ Así parecen evidenciarlo algunos textos bíblicos. La responsabilidad penal corresponder solo a quienes han cumplido los veinte años (cf. Nm 32:11). Esta es una edad clave también en la única referencia bíblica que determina diversas etapas vitales (Lv 27:1-8).

⁶ Dato extraído de https://www.indexmundi.com/es/espana/tasa_de_mortalidad_infantil.html (última consulta: 8 de abril de 2020).

⁷ En la mentalidad bíblica, la línea familiar es la paterna y el nombre que proporciona continuidad es siempre el del padre. La mujer queda incorporada a la familia de su marido.

Si unos hermanos viven juntos y uno de ellos muere sin tener hijos, la mujer del difunto no se casará fuera con un hombre de familia extraña. Su cuñado se llegará a ella y la tomará por esposa y cumplirá con ella como cuñado, y el primogénito que ella dé a luz perpetuará el nombre de su hermano difunto; así su nombre no se borrará de Israel (Dt 25:5-6).

La obligación del cuñado de darle un hijo a su hermano fallecido refleja, por una parte, la relevancia esencial de la descendencia y, por otra, el motivo de alegría que implica el nacimiento de un niño. En la cultura semita, como en muchas otras aún hoy, la mujer era valiosa en la medida en que engendraba. La esterilidad –siempre atribuída a la mujer⁸– era el mayor drama que podría experimentar alguien en el mundo bíblico:

Vio Raquel que no daba hijos a Jacob y, celosa de su hermana, dijo a Jacob: «Dame hijos o me muero». Jacob se enfadó con Raquel y dijo: «¿Estoy yo acaso en el lugar de Dios, que te ha negado el fruto del vientre?» (Gn 30:1-2).

Este pasaje del Génesis no solo refleja la desesperación femenina ante la infertilidad, sino también el carácter simbólico que implica este hecho. La esterilidad representa el gran límite, el muro contra el que la capacidad humana choca de modo inevitable y que solo Dios puede derribar. Esto explica que muchas mujeres bíblicas relevantes sean estériles, pues así se manifiesta la acción divina sobre ellas.

En el mundo bíblico, además de perpetuar el nombre del padre y otorgar validez social a la madre, la llegada de los hijos también implicaba una bendición económica. De ellos dependería la seguridad y protección de los padres si estos tuvieran algún problema o llegaban a la ancianidad. Esto explica cómo la clásica bendición bíblica se relaciona, no solo con vivir muchos años y tener muchas posesiones, sino con tener muchos hijos (cf. Job 1:1-3). Así, el mandamiento de honrar a los padres también habría de entenderse desde esta perspectiva económica (Ex 20:12; Dt 5:16).

Todos estos motivos convierten a los niños en una razón para la esperanza, aunque sea en forma de promesa, hasta alcanzar la edad madura. Con todo, a la hora de remitir a ellos en el texto bíblico, resulta característico que no posean identidad propia.

Una de las formas más frecuentes que la Biblia emplea para referirse a la descendencia es el término hebreo *yéled*. Se trata de un sustantivo siempre masculino y procede del verbo *yalad* que significa *engendrar, nacer, parir*. La traducción castellana sería algo así como *lo engendrado*. Como es de suponer, cuando se recurre a este vocablo se hace evidente la carencia de identidad propia de los niños en la Biblia. Ellos *son* en función de la relación con sus padres. Son los «engendrados» de uno y de otro, pero no tienen identidad por sí mismos.

Algo similar sucede cuando se habla de la infancia de modo indirecto, vinculándolos a sus progenitores y denominándolos «hijo de...» o «hija de...». Ambas formas de denominar a los niños muestran cómo, en el mundo bíblico, carecen de identidad hasta no llegar a la adultez.

⁸ El desconocimiento biológico y la semejanza con el mundo agrícola justifican esta percepción. Del mismo modo que la semilla que se siembra nunca es «estéril», sino que no encuentra la tierra adecuada para germinar, tampoco la «semilla» masculina es responsable de la infecundidad.

Esta ausencia de carácter propio no debería sorprendernos demasiado; en la Antigüedad no existía nuestra actual comprensión de identidad personal. La persona era, fundamentalmente, parte de un grupo más amplio. La identidad se recibía por la pertenencia a un grupo determinado, de modo que no se era *en sí*, sino como miembro de una tribu o una familia⁹. De ahí que esta percepción de los niños –como seres en función de sus padres– no se encuentre demasiado alejada a la vivencia general de los adultos.

Culturalmente también resulta previsible que los niños aparezcan vinculados de modo especial a sus madres. «Mujeres y niños» (cf. Esd 10:1) son una pareja de términos frecuente. Como señalamos, se trata de dos grupos humanos sin consideración propia, a no ser que se les relacione con varones adultos¹⁰. Además de esta falta de identidad, otra característica de la infancia, en el texto bíblico, es considerarlos faltos de conocimiento.

4. SERES NECESITADOS DE CONOCIMIENTO Y REFLEXIÓN

Si recorremos los términos hebreos con que la Biblia se refiere a los niños, encontramos algunas dificultades. Sin entrar en farragosas cuestiones filológicas, existen cinco términos hebreos para referirse a esa primera etapa de la vida (Fleishman, 1992: 35): *yônēq*, *ṭap*, *’ôlāl*, *na’ar* y *na’ārāh*. El primero se suele traducir como «niño de pecho» y aparece en 12 ocasiones en todo el Antiguo Testamento. El segundo y tercer vocablo se emplean con más frecuencia en la Biblia, 42 y 20 veces respectivamente.

Por su parte, los términos más frecuentes para hablar de la infancia (*na’ar* y su femenino *na’ārāh*) tienen un sentido mucho menos definido¹¹. Según el contexto en el que se enmarque, pueden describir a joven, niño, muchacho o criado. De ahí que dudemos si se trata siempre de una referencia al menor edad, aunque esta no se precise, o si en algún caso remite a la condición de sirviente de alguien con más autoridad. Tras esta indeterminación podría encontrarse latente la relación entre la edad y la autoridad, presente en la mentalidad bíblica.

En una época histórica en la que parece que el 90% de la población habría muerto a mitad de los 40 años (Malina y Rohrbaugh, 1996: 344), la ancianidad era sin duda un bien escaso ypreciado. En la semita, tal y como sucede aún en muchas culturas, los ancianos se identificaban con los sabios (cf. Job 12:12; Prov 16:31). Aunque la experiencia no siempre confirma esta hipótesis, se supone que quienes han vivido más años también conocen más la vida y el cómo manejarse sabiamente por ella. La deducción lógica es que los niños son de por sí inexpertos y requieren adquirir conocimientos.

En la Escritura, la sabiduría es una cuestión fundamental hasta el punto de existir cinco libros cuya temática es sapiencial¹². Frente a otras culturas (en las que se valora

⁹ Sobre esta cuestión: Wolff, 2017: 281-290.

¹⁰ En la lógica bíblica, la mujer es siempre propiedad de un varón. Hasta que esta se desposa y pasa a pertenecer a su marido, permanece bajo la tutela de su padre o sus hermanos varones.

¹¹ El término *na’ar* aparece 236 veces en el Antiguo Testamento. Por su parte, se emplea su versión femenina, *na’ārāh*, en 60 ocasiones.

¹² Aunque lo sapiencial atraviesa la Escritura, cinco libros del Antiguo Testamento se centran en esta cuestión: Proverbios, Job, Eclesiastés, Eclesiástico y Sabiduría.

más la adquisición de conocimientos objetivos), en la Biblia *conocer* no es algo intelectual sino existencial. Se trata de saborear la vida y dirigirse por ella con justicia, esto es, acogiendo la voluntad divina para la humanidad y la creación. En esta cuestión no existe separación entre lo sagrado y lo profano; ser sabio implica el llevarse bien con los vecinos, por ejemplo, lo mismo que mantener una actitud piadosa ante Dios.

La mayor responsabilidad de unos padres es educar a sus hijos para vivir justamente, de ahí que sean abundantes las referencias a la educación en la literatura bíblica sapiencial. El honor familiar –uno de los valores más importantes de la cultura mediterránea¹³–, depende del comportamiento de sus miembros; la formación de los niños adquiere una relevancia fundamental para la totalidad del grupo social al que pertenecen y que les otorga identidad.

La finalidad de la literatura sapiencial es pedagógica. Así se evidencia en el comienzo, por ejemplo, del libro de los Proverbios:

Proverbios de Salomón, hijo de David, rey de Israel: [...] para enseñar astucia a los simples, conocimiento y reflexión a los jóvenes (*na'ar*) (Prov 1:1-4).

Con este mismo término hebreo –referido a quienes se encuentran en la primera etapa de la vida–, se habla de quienes son «ingenuos» e «insensatos»:

Miré al grupo de los ingenuos y distinguí entre los muchachos a un joven (*na'ar*) insensato (Prov 7:7).

Esos jóvenes-niños son los que han de ser enderezados para que su modo de vivir sea correcto:

Educa al muchacho (*na'ar*) al comienzo de su camino, que luego, de viejo, no se apartará de él (Prov 22:6).

Aunque situados en la infancia, este grupo de edad indefinida (al que se denomina *na'ar*) son sujetos irremediables de educación. Según la imagen que nos devuelve el libro de los Proverbios, son necios de por sí y requieren corrección. Para ello no se escatiman esfuerzos ni castigos, pues se trata de buscar su propio bien y proteger así el honor del grupo al que pertenecen.

La necedad está atada al corazón del joven (*na'ar*), la vara de la corrección lo separará de ella (Prov 22:15).

No ahorres castigo al muchacho (*na'ar*), pues no morirá porque lo azotes con la vara. Si lo azotas con la vara, salvarás su vida del abismo (Prov 23:13-14).

Los niños han de ser educados; requieren ser instruidos en esa voluntad de Dios que abarca todas las dimensiones de la existencia. Este aprendizaje fundamental no se adquiere por ciencia infusa o a través de un desarrollo natural. Israel se juega mucho en la educación de los niños, de ahí la vehemencia de las expresiones bíblicas. Entre ellas abundan exhortaciones de este tipo:

¹³ Sobre esta cuestión fundamental, para culturas colectivas como la bíblica, se ha escrito mucho (Malina, 1995: 45-83; Malina y Rohrbaugh, 1996: 404-406; Plevnik, 1998: 106-115).

Hijo mío, atiende a mis palabras, presta oído a mis razones. No las pierdas de vista, consérvalas en tu corazón. Pues son vida para quienes las encuentran y salud para todo su cuerpo. Por encima de todo, vigila tu corazón, porque de él brota la vida. Aparta de tu boca el engaño y aleja la falsedad de tus labios. Que tus ojos miren de frente, y que tu mirada sea franca. Allana el sendero de tus pies y todos tus caminos serán firmes. No te desvíes a derecha o a izquierda y aleja tus pasos del mal (Prov 4:20-27).

Esta percepción de los infantes, como seres carentes de conocimiento y necesitados de educación, podría latir detrás la indefinición del término hebreo *na'ar* a la hora de remitir a una edad concreta. De hecho, cabe plantear si la niñez en el pensamiento bíblico no es más una cuestión sapiencial que cronológica.

5. ¿ALGO MÁS SAPIENCIAL QUE CRONOLÓGICO?

La única autoridad del profeta es la convicción de predicar una palabra que no es suya, sino de Dios; los llamados «relatos vocacionales» de los libros proféticos, no pretenden tanto dar testimonio de la experiencia personal de ese personaje, como justificar su tarea profética ante los demás. Esto explica que los relatos vocacionales nazcan fundamentalmente en contextos de conflicto (Bovati, 2008: 82).

Del relato vocacional de Jeremías ha quedado, en el imaginario, la idea de que este era muy joven. Se debe al repetido uso del término *na'ar* que, a pesar de nuestras traducciones castellanas, ya sabemos se empleaba para referirse a esa primera etapa vital que podríamos identificar con la niñez:

Entonces me fue dirigida la palabra de YHWH en estos términos: Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: yo profeta de las naciones te constituí. Yo dije: «¡Ah, Señor YHWH! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho (*na'ar*)». Y me dijo YHWH: No digas: «Soy un muchacho (*na'ar*)», pues a donde quiera que yo te envíe irás, y todo lo que te mande dirás. No les tengas miedo, que contigo estoy yo para salvarte, oráculo de YHWH» (Jr 1:4-8)¹⁴.

Cuando nos referimos al profetismo en la Biblia, hemos de tener en cuenta que su esencia nuclear es hablar en nombre de Otro. En contra de la imagen popular de estos personajes como adivinos de aquello que acontecerá, en la Escritura se presentan como personas alcanzadas por Dios, urgidas a proclamar ante otros una palabra que no es suya y que, con frecuencia, les pone en aprietos. Esto explica la insistente repetición en los pasajes bíblicos de fórmulas que apuntan a YHWH como origen de su mensaje. Desde esta perspectiva se entiende mucho mejor cuál es el inconveniente que presenta el profeta en este pasaje.

El obstáculo de Jeremías para responder a la llamada divina es que él es *na'ar*. Se podría interpretar que la dificultad del profeta es su corta edad, pero no se trata tanto de una cuestión cronológica como de falta de autoridad moral para predicar a sus conciudadanos. La

¹⁴ A lo largo del artículo recurriremos a YHWH para referirnos a Dios. Se trata de la transcripción a nuestra grafía de las cuatro letras hebreas que configuran el nombre de Dios revelado a Moisés (Ex 3:14). Aunque en nuestras biblias solemos vocalizarlo como *Yahveh*, preferimos recurrir a estas cuatro letras como expresión de respeto y reverencia. Para un estudio más detallado del conjunto del relato vocacional de Jeremías (Jr 1:4-19): Barbiero, 2013: 15-61.

unión entre la edad y la sabiduría, justifica que el profeta tenga reparos a la hora de aceptar una misión que le expondrá ante los demás y donde se cuestionará con qué autoridad proclama ese mensaje. La réplica divina refuerza el acento sapiencial del término hebreo. Dios le subrayará que su autoridad no procede de la edad, sino de anunciar una palabra que no es de Jeremías, sino del Señor.

No es la sabiduría humana, que procede de los años y de la experiencia, lo que justifica la tarea profética, sino la vocación que pone en boca de quien es llamado, la palabra de Dios. No se trata de una capacidad humana cuestionada por la corta edad, pues es YHWH quien capacita para la tarea profética. Esta referencia a la juventud y a la falta de autoridad que implica, apunta hacia una percepción sapiencial de la niñez. De algún modo, es niño no tanto quien tiene menos edad, sino quien carece de sabiduría.

Sustentando esta concepción sapiencial de la niñez, encontramos varios textos bíblicos que advierten el peligro que implica tener gobernantes no adultos. Sirvan estos de ejemplo:

¡Ay de ti, tierra, cuyo rey es un chiquillo (*na'ar*), y cuyos príncipes comen de mañana! (Ecl 10:16).
Les daré mozos (*na'ar*) por jefes, y mozalbetes les dominarán. Querrá mandar la gente, cada cual en cada cual, los unos a los otros y cada cual en su compañero (Is 3:4-5).

Las advertencias de estos pasajes hacen suponer que ser joven es carecer de la madurez y la sabiduría requeridas para buscar el beneficio del pueblo. La Escritura dibuja a los monarcas jóvenes, como gente caprichosa que no se interesa por el bien común, sino solo por su propio provecho. Se trata, de nuevo, de una visión sapiencial de la infancia, opuesta al buen juicio del anciano.

Desde esta perspectiva se comprende mejor la advertencia del profeta Isaías al rey Ajaz. Este monarca –gobernante del reino de Judá, entre el 734 y el 727 a.C.– enfrentaba un dilema político. El rey se negó a la propuesta realizada por Siria e Israel de enfrentarse juntos al Imperio Neosirio, potencia militar hegemónica del momento. Ante la negativa, ambos reinos pretenden usurparle el trono para imponer en él a alguien que sí colabore en sus pretensiones. Esta amenaza atemoriza a Ajaz que se encuentra ante el dilema de confiar o rendir vasallaje a Asiria, en busca de protección. La propuesta de Isaías es mantener la confianza en YHWH y, como muestra de ser esta la opción más adecuada, le anuncia el nacimiento de un hijo, el futuro heredero, afirmando lo siguiente:

Porque antes que sepa el niño (*na'ar*) rehusar lo malo y elegir lo bueno, será abandonado el territorio cuyos dos reyes te dan miedo (Is 7:16).

Según lo analizado hasta ahora, elegir entre el bien y el mal podría ser simplemente un sinónimo de abandonar la infancia para convertirse en alguien con capacidad sapiencial para gobernar. Coherente con esta interpretación del pasaje de Isaías es la concepción del niño que se refleja en este texto. En él, YHWH promete que los hijos de quienes salieron de Egipto serán quienes recibirán la tierra prometida:

Pero vuestros pequeños (*ʔap*), de los que dijisteis que iban a servir de botín, vuestros hijos que no distinguen todavía el bien del mal, sí entrarán allá; a ellos se la daré y ellos la poseerán (Dt 1:39).

La niñez va acompañada de una incapacidad innata para diferenciar lo bueno y lo malo, lo que les exculpa de responsabilidades legales (Fleishman, 1992). La infancia parece ser, por tanto, y como señalamos, una cuestión más sapiencial que cronológica. El camino a la adultez pasa por la adquisición de recursos para decidir por sí mismos aquello que es lo correcto.

Desde esta clave también se entiende mejor la imagen de la infancia, empleada por el salmista para expresar la actitud creyente de abandono y confianza en manos de Dios:

Acallo y modero mis deseos como un niño en brazos de su madre (Sal 131:2)¹⁵.

El niño es aquel que no tiene elección propia ni capacidad para elegir de modo conveniente. Esto justifica que otros deban hacerlo por él. El salmo subraya esta misma característica de la infancia en un sentido positivo. La confianza del orante se expresa en cómo silencia sus deseos, y deja en manos de Dios sus elecciones y la propia vida. Esta no es la única ocasión en la que se recurre a la imagen de los niños para referirse a una actitud religiosa o al modo de situarse Israel ante YHWH.

6. ISRAEL COMO UN NIÑO

La confianza y el abandono de un bebé en los brazos maternos era el motivo de identificación del salmista. Pero estas no son las únicas características infantiles que llevan a Israel a equipararse con un niño.

Cuando Israel era niño (*na'ar*), yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo (Os 11:1).

Como logra evidenciar esta imagen que emplea el profeta Oseas, Israel se percibe a sí mismo, y en relación con Dios, desde la imagen filial. De algún modo, la conciencia de ser un pueblo elegido, y la estrecha relación entre él y YHWH –sellada con la experiencia liberadora de la salida de Egipto (Ex 14)–, se entiende como un nacimiento¹⁶. Aquellos que eran solo un grupo de personas oprimidas bajo el yugo del faraón, nacen como un pueblo que tiene por Padre a su Salvador, por la acción salvífica de Dios.

Desde esta percepción, no es difícil entender el texto de Oseas, en el que se recurre a la infancia para hablar de los orígenes de Israel. Esta misma cita será la que emplee Mateo en su relato de la infancia. La Sagrada Familia deberá huir a Egipto y regresará tras la muerte de Herodes. El evangelista ilustra este retorno con el versículo de Oseas (Mt 2:15). Al aplicar el texto profético a la huida a Egipto, sitúa la vivencia de Jesús en línea con la de Israel y, además, apunta hacia su identidad como Hijo de Dios. Si Israel era «hijo» por la liberación, Jesús es Hijo por su naturaleza divina.

En el texto bíblico se habla de Alianza para referirse al vínculo afectivo que une a Dios con la humanidad a través del pueblo elegido. En el Antiguo Testamento, esta relación suele expresarse recurriendo a la metáfora nupcial, sea de modo implícito o explícito. No es el caso del texto que hemos analizado de Oseas, quien emplea la imagen paterno-filial para referirse al vínculo que genera la acción salvífica divina. De este modo se acentúa de forma especial la dependencia de Israel con YHWH.

Si bien la referencia a la infancia del pueblo para hablar de la Alianza con Dios no es la más habitual, tenemos otro pasaje que vale la pena traer a colación y en el que se recurre a este mismo imaginario:

¹⁵ A pesar de la traducción castellana, el salmo no recurre a ninguno de los términos hebreos que hemos examinado para hablar de la infancia. Se emplea el participio del verbo *gamal* que significa *destetar*.

¹⁶ Diferentes elementos del relato bíblico del paso del Mar Rojo permiten esta percepción de que Israel, de algún modo, ha «nacido» atravesando las aguas. Para más detalles: Ska, 1986: 165-174.

¿Acaso he sido yo el que ha concebido a todo este pueblo y lo he dado a luz, para que me digas: «Llévalo en tu regazo, como lleva la nodriza al niño de pecho (*yônēq*), hasta la tierra que prometí con juramento a sus padres»? (Nm 11:12).

Este versículo del libro de los Números recoge una queja que Moisés lanza a Dios. Se lamenta que él no es quien ha dado a luz al pueblo como para hacer de su nodriza. Esta queja plantea, implícitamente, dos cuestiones relevantes. Por una parte, la conciencia de YHWH como madre que ha engendrado y ha dado a luz a Israel. Moisés –que les lleva en brazos a la tierra prometida– está cansado de esta tarea de mediación. Por otra parte, se presenta al pueblo como un bebé que requiere todos los cuidados.

En este texto, la identificación de Israel como un niño subraya una dependencia y falta de autonomía que cansa a Moisés. La responsabilidad que YHWH le ha dado sobre ellos es motivo de queja y de lamento. Dios, que es Padre-Madre de Israel, asume para con el pueblo las mismas tareas pedagógicas que en esta sociedad se esperaba de unos padres para con sus hijos.

Recapitulando, hemos ido examinando cómo el Antiguo Testamento presenta a los niños como seres sin identidad propia, incapaces de manejarse en la vida con sabiduría, eligiendo aquello que es más correcto. Dependientes de sus padres, han educarse para alcanzar una adultez que, más allá de la edad, pende de un criterio sapiencial. Teniendo esta percepción de la infancia como trasfondo, vamos a asomarnos a las tradiciones evangélicas que relacionan a Jesús con los niños.

7. LA DESCONCERTANTE ACTITUD DE JESÚS

Percibir a los infantes como «proyectos por validar» y sin reconocimiento por sí mismos, no es algo exclusivo de Israel. Otros pueblos de la Antigüedad tampoco tenían en cuenta a los niños hasta su adultez, sin que ello implicara que no fueran tratados benignamente¹⁷.

Una de las prácticas frecuentes en el Imperio Romano era el abandono de niños al nacer (Sevilla Conde, 2012: 203-205); el abandono de recién nacidos era preferible a la anticoncepción o el aborto, porque podían ejecutarlo en función de su sexo. Esta práctica no se penalizaba ni era mal vista, pues se entendía que los infantes abandonados a su suerte estaban protegidos, o no, por los dioses. Junto al aborto, no era una costumbre única del Imperio Romano: también la encontramos atestiguada en pueblos del Antiguo Oriente Próximo (Justel, 2018: 27-58). Esta práctica era una fuente inagotable de esclavos y esclavas para quienes «rescataban» a esos bebés de una muerte segura.

A pesar de tratarse de una práctica habitual y no penalizada, tenemos testimonios cristianos que se oponen con vehemencia a esta acción. Sirvan de ejemplo las palabras de Justino. Este intelectual cristiano defenderá su fe en Roma, durante el siglo segundo de nuestra era. Afirma lo siguiente:

Tan lejos estamos nosotros de perjudicar a alguno o de realizar alguna impiedad, que hemos recibido la enseñanza de que exponer a los niños, aun recién nacidos, es de hombres perversos. En primer lugar porque todos estos [si viven] son empujados a la deshonestidad, no solamente

¹⁷ La conclusión de la extensa monografía de Justel sobre los niños en el Antiguo Oriente Próximo, concluye que los documentos reflejan un trato positivo hacia los niños, sin buscar dañarles de modo deliberado (Justel, 2018: 305-321).

las niñas, sino también los niños, y así como se narra que los antiguos alimentaron [con este fin] rebaños y ganados de bueyes, cabras u ovejas y aun caballos, así vemos hoy que los niños son mantenidos solamente para usos deshonestos y subsiste entre todos los pueblos una gran turba de mujeres, de personas de sexo dudoso y de los que realizan cosas nefandas, [todo] para esta inmundicia. Y de estas cosas percibís vosotros remuneración, impuestos y tributos, siendo así que los debáis exterminar en vuestro territorio (san Justino, Apología I: 27)¹⁵.

La ardiente defensa que Justino realiza de la infancia resulta contracultural en el contexto romano (Hurtado, 2017: 206-210), pero está arraigada en la tradición judeo-cristiana. A pesar de lo habitual de estas prácticas en los pueblos vecinos, la cultura semita no admitía ni el aborto ni el abandono de niños. Estos no eran valorados socialmente, pero sí protegidos. A ello ayudaba que todo bebé nacido en el seno del matrimonio judío se considerara hijo legítimo de su padre, sin necesitar una aceptación paterna explícita (Fleishman, 2009). En Israel no sucedía lo que en otros pueblos contemporáneos del Oriente Próximo, que sí exigían un acto jurídico de reconocimiento legal del recién nacido y, de no realizarse, eran abandonados.

Además de esta tradición judía que, sin duda, late bajo la postura cristiana de comienzos del siglo segundo, también se hallan las tradiciones recogidas en los Evangelios sobre cómo Jesús trataba a los niños. Siendo la infancia un «grupo mudo» –del que no encontramos referencias directas en el Antiguo Testamento–, no deja de ser significativo que encontremos tres textos distintos en los que el Nazareno entra en relación directa con los niños.

El primer pasaje al que atenderemos es el siguiente:

Entonces se sentó, llamó a los Doce, y les dijo: «Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos». Y tomando un niño, le puso en medio de ellos, le estrechó entre sus brazos y les dijo: «El que reciba a un niño como este en mi nombre, a mí me recibe; y el que me reciba a mí, no me recibe a mí sino a Aquel que me ha enviado» (Mc 9:35-37).

Estos versículos adquieren aun mayor relevancia si los situamos dentro de su marco narrativo. Simplificando un poco, el evangelio de Marcos se estructura geográficamente en tres lugares en los que se desarrolla la acción. La sección Mc 8:31-10,52 es la parte central del relato evangélico y se sitúa de camino hacia Jerusalén. Estos capítulos mantienen una estructura repetida tres veces y consta de tres elementos (Jung, 2019: 42-47): un anuncio de la pasión por parte de Jesús; una muestra de que los discípulos no entienden lo que implica seguir al Maestro, y una enseñanza al hilo de la incomprensión discipular. El texto citado se sitúa precisamente en este momento pedagógico.

Tras anunciar por segunda vez el destino trágico que le espera en Jerusalén (Mc 9:30-32), sus seguidores discuten sobre quién de ellos es el más importante del grupo (Mc 9:33-34). La enseñanza de Jesús se centra en «corregir» la percepción que los Doce tienen de la primacía. Los más relevantes serán aquellos que se pongan al servicio de todos. El modo de ilustrar esta afirmación es teniendo un gesto de cariño con un niño y afirmar que recibirlos en su nombre es el modo de recibirle a Él mismo.

¹⁵ Tomamos la traducción de: Roper, 2004.

Después de lo que hemos ido presentando en este artículo se comprende con facilidad que la referencia a la infancia está estrechamente relacionada con la invitación a ser «el último». Si los discípulos rivalizaban por el mayor puesto entre ellos, acoger a un niño es, en este contexto cultural, acoger a los más pequeños y menos reconocidos socialmente. Se trata, en realidad, de considerar los más importantes a aquellos que no son tenidos en cuenta.

El Maestro se identifica con los niños de un modo similar a como se va a identificar con hambrientos, sedientos, forasteros, desnudos, enfermos y encarcelados (cf. Mt 25:34-40). Estos grupos humanos y la infancia son «los más pequeños», no solo por frágiles, sino también por su escasa estima social. La actitud que Jesús muestra como ejemplo a seguir es muy distinta de la que cabría esperar. Se trata de acogerlos aunque aún no hayan llegado al estatus con el que se inicia su reconocimiento social. Para ser los primeros es necesario ponerse al servicio de todos, que incluye acoger a los niños, como ejemplo de los más frágiles y vulnerables.

Otro pasaje evangélico en donde aparece explícitamente la infancia en relación con Jesús, también se convierte en una ocasión para educar a sus discípulos.

Le presentaban unos niños para que los tocara; pero los discípulos les reñían. Mas Jesús, al ver esto, se enfadó y les dijo: «Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como estos es el Reino de Dios. Yo os aseguro: el que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él». Y abrazaba a los niños, y los bendecía poniendo las manos sobre ellos (Mc 10:13-16).

Este pasaje también se enmarca en la parte de Marcos que se sitúa de camino hacia Jerusalén. Se trata de una sección en la que el papel de Jesús, como educador de sus discípulos, se vuelve mucho más fuerte que en otras partes del Evangelio. El texto describe cómo la gente busca al Galileo para que toque a los niños. Este gesto pudiera tener la intención de bendecir. Desde una mentalidad mágica, se podría albergar la pretensión de prevenir enfermedades y asegurar un crecimiento sano de los infantes a través del contacto de Jesús: no hemos de olvidar la alta cifra de mortalidad infantil de esta época.

La reacción de los discípulos es la más natural en ese momento, por más que nos pueda chocar ahora. Los críos han de mantenerse alejados del espacio público, pues no es el que les corresponde, y reducir su presencia al ámbito privado del entorno familiar. Con todo, Jesús reprende a quienes impiden acercarse a los niños y remite, una vez más, a la cuestión de la acogida. Pero ahora se añade un nuevo elemento: a quienes son como ellos, les pertenece el Reino de Dios.

La afirmación del Maestro es, de algún modo, similar a la primera de las bienaventuranzas, que declara dichosos a los pobres por el mismo motivo (cf. Mt 5:3; Lc 6:20). Así, se invita a situarnos como infantes para aceptar a Dios reinando, esto es, actuando salvíficamente de modo definitivo en la historia. Probablemente resulta difícil imaginar algo más escandaloso para los oídos judíos de esa época, pues se muestra a los niños como modelo y se exhorta a ser como ellos. Solo quienes se reconocen pequeños, vulnerables e incapaces –como son los niños–, podrán acoger el reinado divino. Los ninguneados están más capacitados que los demás para aceptar el Reino de Dios, que es puro don inmerecido y gratuito.

Traemos a colación un último texto evangélico en el que la tradición sitúa a Jesús refiriéndose a los niños:

En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a los niños (νήπιος). Sí, Padre, pues así ha sido tu beneplácito (Lc 10:21).

Este mismo pasaje lo hallamos también en el evangelio de Mateo en un contexto similar (Mt 11:25). Después de que los 72 discípulos regresaron de su envío misionero y le contaron al Maestro sus andanzas (Lc 10:17-20), el evangelista narra ese momento de oración dirigida al Padre. Las versiones castellanas suelen traducir el término griego νήπιος por *pequeños* o *ingenuos*, pero el vocablo significa *niño* o *infante*. La opción de los traductores, que responde al sentido global de la sentencia, refleja indirectamente la percepción sapiencial de la infancia que, como hemos visto, está presente en el Antiguo Testamento.

Que los infantes capten mejor la dinámica del Reino que los sabios y entendidos es algo que descolocaría a cualquier persona de aquella época. En realidad, se plantea que los niños –que por definición no han alcanzado el conocimiento necesario para ser considerados adultos– son capaces de comprender y acoger el núcleo esencial del mensaje de Jesús. La Buena Noticia del Reino rompe las lógicas habituales y la de quienes son reconocidos socialmente por su saber; aquellos que la sociedad considera incapaces de tomar decisiones acertadas, son los más capacitados para dejarse sorprender por Dios.

La tradición sobre la vivencia y la enseñanza de Jesús en torno a la infancia, se une a la protección que esta merecía ya en la cultura semita. No es extraño que los primeros cristianos denunciaran las prácticas que maltrataban a los niños y los abandonaban a su suerte.

8. ALGUNAS CONSECUENCIAS PEDAGÓGICAS

A partir de cómo presenta la Escritura a la infancia y el modo peculiar en el que Jesús trata a los niños, deducimos una serie de consecuencias pedagógicas. Estas las clasificaremos según remitan a los sujetos de enseñanza, a la responsabilidad de la tarea educativa y, finalmente, al objetivo de la educación.

Hemos expuesto que la terminología hebrea más empleada para referirse a los niños resulta bastante indefinida. Más allá del margen de edad de los 20 años, hemos mostrado cómo la niñez ostenta un carácter más sapiencial que cronológico. Así, los sujetos a los que debe dirigirse la tarea educativa se amplían a aquellas personas que no pueden manejarse por la vida con sabiduría. Desde esta percepción se ensancha la horquilla de quiénes serían sujetos de una acción pedagógica. De hecho, el pueblo se percibe a sí mismo como un niño ante Dios y, por ello, necesitado de enseñanza. Nos encontramos ante una educación muy flexible de acuerdo a los límites cronológicos de sus sujetos, adaptándose a la situación de cada uno más allá de su edad.

Además, se entiende que los niños son incapaces de alcanzar por sí mismos los conocimientos necesarios. Requieren de la experiencia vital de los adultos. La educación se percibe como algo recibido desde fuera, bien desde los padres o bien directamente del mismo YHWH. Los infantes no pueden aportar nada al propio aprendizaje, más allá de la docilidad necesaria para acoger la enseñanza. Tras la infravaloración del infante para construir sus propios conocimientos late, en realidad, el reconocimiento y el aprecio de la tradición conservada y transmitida en el seno de la comunidad humana a la que se pertenece. Esta valoración se ha de inculcar, pues no se descubre de manera natural.

Desde esta perspectiva, la invisibilidad social de los niños se basa en su incapacidad para tomar decisiones adecuadas. El grupo al que se pertenece, que les otorga la identidad de la que carecen *per se*, es responsable de conseguir que los infantes alcancen esos conocimientos existenciales que se suponen con la adultez. De ahí que estemos hablando de seres irrelevantes, pero cuidados por la sociedad. Esta protección se amplía con la enseñanza de Jesús, pues él invita a acoger a los niños como representación social de los más frágiles. La identificación del Maestro con los más vulnerables, convierte en exigencia la especial atención a los débiles y el compromiso pedagógico con ellos.

Los niños carecen de identidad y solo adquieren una grupal cuando entran a formar parte, como personas adultas, de su familia o tribu. Así, la tarea educativa que les lleva a la adultez se convierte en un compromiso asumido por toda la comunidad. Por más que los padres sean los máximos responsables, el honor del grupo depende del comportamiento de sus miembros; que estos sean enseñados adecuadamente a manejarse en la vida es importante para el conjunto. La implicación social en la labor de acompañar a la adultez es mucho mayor cuando la totalidad del grupo humano es consciente de cuánto se juega en esto.

Por último, pero no por ello menos importante, cabe extraer algunas consecuencias pedagógicas con relación al objetivo de la educación. Esta no se comprende tanto como adquirir una serie de contenidos intelectuales, como interiorizar un modo adecuado y armónico de manejarse en los diversos ámbitos de la vida. Podríamos señalar que el concepto de sabiduría bíblica es mucho más existencial y afectivo que racional. En el proceso para alcanzar la adultez, se subrayan los aspectos más prácticos y cotidianos, pues es en los espacios relacionales donde se pone en juego la capacidad de elegir correctamente.

Si los niños se perciben como seres «en proyecto» –dependientes y carentes de elección–, acompañarles en el camino a la adultez generaría en ellos autonomía y un criterio adecuado de elección. De ahí que la Ética sea especialmente relevante.

Caben señalar dos elementos que resultan de especial importancia en el proceso educativo y que, quizá, podemos rescatar de modo especial por su actualidad y validez. Por una parte, en el proceso para alcanzar esa sabiduría que debería caracterizar la vida adulta, la mentalidad bíblica valora la confianza del educando en el criterio del otro. La dependencia y la percepción de los niños –como receptores de conocimientos vitales–, se entienden desde el aprecio que merece la confianza y el crédito a la sabiduría de los mayores. La autoridad del educador nunca es cuestionada, pues recoge la tradición del propio grupo.

Por otra parte, las tradiciones evangélicas de la enseñanza de Jesús sobre los niños nos invitan a recuperar la debilidad como un aspecto positivo. De hecho, el Maestro convierte el error y la incomprensión de sus discípulos en ocasión de enseñanza, hasta el punto de convertirse en un elemento capaz de estructurar la sección central del relato evangélico. En un mundo como el nuestro, en el que insistimos en situarnos como fuertes ante los demás, sigue siendo un reto aprender a acoger, a depender y a recibir de otros. Se trata de un aprendizaje esencial que no conviene dar por supuesto.

Una de las mayores dificultades en la tarea educativa es preparar a los educandos para la frustración. Invertimos muchos esfuerzos en «fortalecer» a los miembros de nuestra sociedad en ser competitivos y que aspiren a más. Es importante que en la educación se incorpore la propia vulnerabilidad como un elemento que, lejos de ser negativo, compartimos todos

los seres humanos. La fragilidad humana se convierte en punto de arranque para una apuesta social por lo pequeño, lo débil y lo más necesitado. Para construir personas capaces de percibir la carencia como posibilidad y la fragilidad como potencialidad, convendría incluir estos elementos en la tarea educativa.

Sin duda, más allá de nuestra confesión religiosa, volver la mirada a cómo la mentalidad bíblica percibe a la infancia, devuelve elementos válidos para nuestra reflexión pedagógica actual. Elementos que se encuentran en las raíces de nuestra cultura occidental. ■

REFERENCIAS

- Abbagnano, N. y Visalberghi, A. (1992). *Historia de la pedagogía*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Barbiero, G. (2013). «*Tu mi hai sedotto, Signore*». *Le confessioni di Geremia alla luce della sua vocazione profetica*. Roma: Gregorian and Biblical Press.
- Böhm, W. (2010). *La Historia de la Pedagogía. De Platón hasta la actualidad*. Villa María. Eduvim.
- Bovati, P. (2008). «*Così parla il Signore*». *Studi sul profetismo biblico*. Bologna: EDB.
- Dilthey, G. (1942). *Historia de la pedagogía*. Buenos Aires: Losada.
- Fleishman, J. (1992). «The Age of Legal Maturity in Biblical Law». *Journal of the Ancient Near Eastern Society*, 21, 35-48. Columbia, EEUU.
- Fleishman, J. (2009). «Did a Child's Legal Status in Biblical Israel Depend upon His Being Acknowledged». *Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft*, 121, 350-368. Erlangen, Alemania.
- Hurtado, L.W. (2017). *Destructor de los dioses. El cristianismo en el mundo antiguo*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Jung, C. (2019). *Il paradosso messianico secondo Marco. Rilevanza di Mc 8,31-9,29 per la caratterizzazione della figura di Gesù e dei discepoli*. Roma: Gregorian and Biblical Press.
- Justel, D. (2012). «El estudio de la infancia en el mundo antiguo». En Justel, D. (Ed.), *Niños en la antigüedad: estudios sobre la infancia en el Mediterráneo antiguo (15-29)*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Justel, D. (2018). *Infancia y legalidad en el Próximo Oriente Antiguo durante el Bronce reciente (CA. 1500-1100 a.C.)*. Atlanta: SBL Press.
- Malina, B.J. (1995). *El mundo del Nuevo Testamento. Perspectivas desde la antropología cultural*. Estella: Verbo divino.

Malina, B.J. y Rohrbaugh, R.L. (1996). *Los evangelios sinópticos y la cultura mediterránea del siglo I. Comentario desde las ciencias sociales*. Estella: Verbo Divino.

Plevnik, J. (1998). «Honor / Shame». In Pilch, J.J. & Malina, B.J. (Ed.), *Handbook of Biblical Social Values* (106-115). Peabody, Hendrickson.

Ropero, A. (2004). *Lo mejor de Justino Mártir*. Terrasa: Clie.

Sevilla Conde, A. (2012), «Morir ante suum diem. La infancia en Roma a través de la muerte». En Justel, D. (Ed.), *Niños en la antigüedad: estudios sobre la infancia en el Mediterráneo antiguo* (199-233). Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.

Ska, J.P. (1986). *Le passage de la mer. Étude de la construction du style et de la symbolique d'Ex 14,1-31*. Rome: Gregorian and Biblical Press.

Wolff, H.W. (2017). *Antropología del Antiguo Testamento*. Salamanca: Ediciones Sígueme.